

SEGURO SOCIAL

una economía auténtica y racional de los recursos y valores humanos.



BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por ROGELIO SINAN

Oficinas: Avenida Ancón, 73

Apartado Postal: 3181 Teléfono: 1436-L

Panamá, R. de P.

CUADERNOS PUBLICADOS ULTIMAMENTE

13—Cuentos de Guatemala, Selección y nota preliminar por Alfonso Orantes.

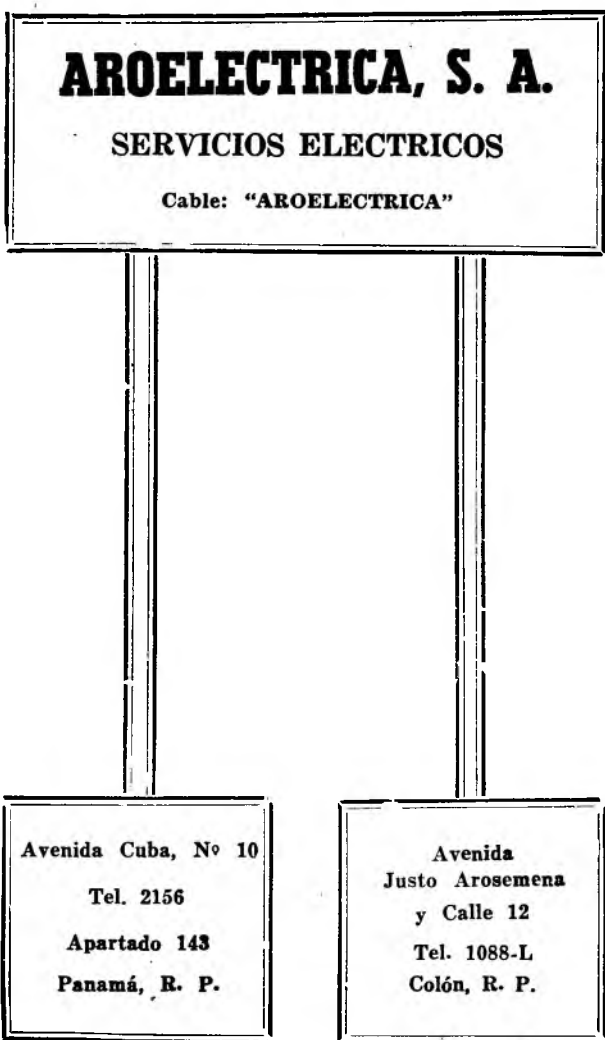
14—Cuentos Criollos, por el Dr. José M. Núñez Q.

15—Un pequeño incidente y otros cuentos, por Renato Ozores.

16—Mandrágora (selección de cuentos, por Nacho Valdés.

17—Vida y muerte del notable panameño don Marcelino Peña el Democrata Ejemplar, por José Isaac Fábrega.

18—Dos aventuras en el lejano oriente, por Rogelio Sinán.



BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Regello Sinán

Año II — Julio de 1947 — Nº 19

Ricardo J. Alfaro

C A R A B O B O

**EOS ULTIMOS DIAS
DEL LIBERTADOR**

Nota Preliminar
por
Juan Antonio Susto

BIBLIOTECA SELECTA
PANAMA
1 9 4 7

P r o x i m a m e n t e

Mario Augusto

CAMPO ADENTRO

(Cinco Cuentos Cortos)

•

Nota Preliminar

por

Rodrigo Miró

RICARDO J. ALFARO

Por Juan Antonio Susto



El doctor Ricardo Joaquín Alfaro nació en la ciudad de Panamá el día 20 de Agosto de 1882. Hijo legítimo del matrimonio de Don Luis A. Alfaro, Magistrado del Tribunal Superior del Distrito Judicial de Panamá, y de Doña Hortensia Jované de Alfaro, ambos descendientes de las principales familias de esta ciudad.

El Cnel. don Francisco Jiménez Cuevas uno de los panameños realistas que más se distinguieron en la campaña de la emancipación, fué su bisabuelo paterno-materno.

Sus estudios primarios los hizo el doctor Alfaro en su ciudad natal en el Colegio de Balboa y los superiores en la Universidad de Cartagena (Colombia). El grado de Doctor que ostenta en la actualidad le fué conferido por la Facultad Nacional de Derecho, de Panamá.

El 28 de Octubre de 1905 contrajo matrimonio con doña Amelia Lyons, con quien ha tenido los siguientes hijos: Víctor, Iván, Rogelio, Amelia y Yolanda.

Cabe reseñar aquí en esta columna a guisa de curiosidad que tanto el Doctor Alfaro como el Doctor Harmodio Arias, ejercieron como su primer puesto público el delicado cargo de Sub-Secretario de Relaciones Exteriores, el primero en el año de 1905 y en 1912 el segundo.

Después de haber desempeñado por algún tiempo

el doctor Alfaro el puesto de Sub-Secretario de Relaciones Exteriores, ya mencionado, fué nombrado por el Poder Ejecutivo Cónsul General de Panamá en Barcelona. Más tarde en el año de 1912, fué promovido a la Legación de Panamá en Estados Unidos de Norte América en calidad de Consejero. Vuelto al país, fué en 1913, nombrado miembro de la Comisión Codificadora Nacional, algún tiempo después fué investido con el cargo de Miembro de la Comisión Mixta para establecer los valores de las propiedades situadas en la Zona que los Estados Unidos tomaron para la construcción del Canal Interoceánico. Terminada las labores de esta Comisión el doctor Alfaro volvió a abrir su bufet.

Del año de 1918 al de 1922 fué Secretario de Gobierno y Justicia y en ese lapso ocupó temporalmente la Secretaría de Relaciones Exteriores. Desde el 28 de Agosto de 1922 ha venido ejerciendo el doctor Alfaro el importante y delicado puesto de Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de Panamá en los Estados Unidos de Norte América.

Como puestos políticos cabe citar aquí, el haber sido Director del Partido Liberal, Primer Designado para ejercer el Poder Ejecutivo en 1928 y en 1931.

No sólo el doctor Alfaro dedicó todo su tiempo a sus labores profesionales. Fué en 1913 Profesor de Historia en el "Liceo de Panamá"; de 1910 a 1917, Profesor de Historia en el Instituto Nacional y de 1917 a 1922, Profesor de Derecho Civil en la Escuela de Derecho.

Ha desempeñado muchas misiones oficiales el doctor Alfaro. Señalaremos las que se le confiaron de 1926 a 1930, por no tener a mano las anteriores a esta fecha. Presidente de la Delegación Panameña a la Conferencia Panamericana, reunida en La Habana, en 1926; Presidente de la Delegación Panameña a la Sexta Conferencia Internacional Americana de conciliación y arbitraje reunida en Washington en 1929; Delegado a la Convención Interamericana sobre procedimientos aduaneros y formalidades de puerto, en Washington, 1929; Delegado a la reunión anual de las Comisiones de las Conferencias sobre el uso de los narcóticos, 1930.

Entre los importantes cargos honorarios desempeñados por el doctor Alfaro merecen citarse el de haber sido Presidente de la Delegación Panameña a la Unión Ibero-Americana de Madrid; fundador de la

Cruz Roja Nacional de Panamá; miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid; fundador de la Academia Panameña de la Historia; miembro de la Academia de Historia de Buenos Aires (Argentina); miembro de la Academia de Ciencias de New York; miembro de la Sociedad Americana de Leyes (Washington); miembro de la Sociedad Americana de Derecho Internacional y miembro de la Sociedad Panameña de Derecho Internacional.

Pertenece a los siguientes Clubes: Club Unión, de Panamá; Metropolitan, de Washington; Chevey Chace, de Washington y Racket de Washington.

Ha recibido las condecoraciones y distinciones que se citan: Caballero de la Legión de Honor; Oficial de Instrucción Pública (Francia); Caballero Comendador de la Real Orden de Isabel la Católica (España); Cruz de la Orden del Sol (Perú); Gran Oficial de la Orden del Libertador (Venezuela); y Gran Cruz de la Orden del Reino de Italia.

Entre sus principales obras merecen citarse: "Vida del General Tomás Herrera"; "Límites entre Panamá y Costa Rica. Exposición como abogado de la Delegación de Panamá en Washington"; "Exposición de los motivos de los Códigos Civil y Judicial"; "El Fideicomiso del doctor Anderson"; "Código Judicial de Panamá", escrito por el doctor Anderson; "Código Judicial de Panamá"; estudio acerca de la necesidad de adoptar la ley de trust a la legislación de los países latinos, (trabajo premiado con medalla de oro por el Instituto Nacional en 1919).

* * *

La Revista Universitaria "Jurídicas y Sociales" de Buenos Aires, en su número 2, Tomo IX, del año de 1944, ha publicado un trabajo del doctor Alfaro: "Fuentes y estructura del derecho civil" en donde se inserta una biografía y una bibliografía sobre su persona.



(Cuadro de Epifanio Garay)
SIMON BOLIVAR



CARABOBO

EL CAMPO DE BATALLA

En la región central de la hermosa tierra venezolana, al Sur de la ciudad de Valencia, se encuentra una plácida llanura asentada sobre uno de los contrafuertes orientales de la cordillera de los Andes. Limitada por el Occidente un bosquecillo poco espeso que rompe con su fresco verdor la monotonía de la grama extendida sobre la planicie como las aguas de un mar tranquilo. Al Oriente el río Paíto desliza suavemente sus ondas rumorosas. Por el Sur una cintura de colinas forma el límite del llano. Dos caminos reales parten de su centro: el de la izquierda conduce al Pao; el de la derecha va a San Carlos. Estas dos poblaciones forman la base de un triángulo

equilátero en cuyo vértice se encuentra la de Tinaquillo, al Sur de la altiplanicie. Entrase a ésta desde allí por un desfiladero estrecho y fragoso dominado por el cerro de Buenavista, eminencia desde cuya cumbre se disfruta la contemplación de un paisaje encantador. También da acceso a la llanura una vereda aun más angosta y escarpada que arranca a la izquierda del camino real de San Carlos y sigue por la cima de un pequeño collado para salir a una abertura estrecha situada al Poniente, y bordeada de cerros que la dominan. Esta plácida llanura donde la imaginación se siente invitada a evocar tan sólo el suave ondular de las gramíneas, el mugir del ganado, la canción con que el campesino alegra sus faenas agrícolas; esta pradera risueña donde el cielo es azul, fértil la tierra, benigno el clima, y donde la naturaleza toda parece cantar un himno a la vida, fue hace un siglo teatro de muerte y de destrucción; su suelo se empapó en sangre y trepidó bajo el paso marcial de once mil combatientes: es la llanura de Carabobo donde Simón Bolívar ganó el 24 de Junio de 1821 la batalla legendaria que consagró la emancipación política de Venezuela.

LA SITUACION ANTERIOR A CARABOBO

A principios de 1821 la situación de los patriotas era de ansiosa expectativa. España y Colombia debían ajustar la paz o llevar a cabo el duelo final que decidiese la suerte de Venezuela. Cimentaba en Boyacá la libertad de Cundinamarca, era preciso para el afianzamiento de Colombia destruir los fuertes y tener activo y eficaz servicio de espionaje para conocer

tes núcleos realistas que mantenían enhiesto en Venezuela el pabellón de la monarquía.

La paz, una paz fundada en el reconocimiento de la Independencia era el anhelo de los que por ella venían luchando hacía diez años. Los españoles también deseaban la paz, pero dándole como base la sumisión a Fernando VII. No fue posible el avenimiento definitivo, pero se había logrado celebrar un armisticio en Noviembre de 1820, sellado por el Libertador y por Morillo en el histórico abrazo de Santa Ana.

La situación militar era distinta a la de los primeros años de la revolución. No peleaban ya únicamente partidas o montoneras. Subsistían las guerrillas, pero tan sólo como auxiliares de los grandes núcleos centrales. Verdaderos ejércitos sostenían las dos causas beligerantes. La lucha armada se había regularizado y engrandecido. También se había hecho más humana. Las atrocidades de la guerra a muerte quedaban reemplazadas por los pactos caballerescos del armisticio. Realistas y republicanos habían empeñado su honor en hacer la guerra conforme a los usos y costumbres propias de naciones civilizadas.

Habíase pactado una tregua de seis meses, sujeta a rompimiento mediante aviso anticipado de cuarenta días. Las penalidades del Ejército movieron al Libertador a romper el armisticio. La inacción le era perjudicial. Había dificultad en encontrar víveres adecuados para la tropa. Cundían las enfermedades entre ellas. La concentración de las grandes masas que componían el ejército creaba problemas conocidos antes en

muy reducida escala. Los cuarteles se despoblaban. Los hospitales se multiplicaban. “No podemos quedar en la inacción porque moriríamos de hambre y de peste”, decía Bolívar a don Fernando Peñalver. Y en carta dirigida al general español La Torre agregaba: “Entre el éxito dudoso de una campaña y el sacrificio cierto de nuestro ejército por la peste y el hambre, no se puede vacilar”.

Bolívar decidió romper el armisticio y para ello hizo a La Torre la notificación anticipada de cuarenta días. Las hostilidades, en tal virtud, debían comenzar el 28 de Abril. Los campeones se apercibieron para el gran encuentro definitivo.

BOLIVAR, GENIO DE LA ACCION

El Libertador desplegó actividad inusitada en la organización de la campaña de 1821. Desde el cuartel general de Trujillo, donde se hallaba al tiempo de declararse el rompimiento del armisticio, multiplicaba órdenes, expedía proclamas, recibía partes militares, despachaba su correspondencia civil. El aprovisionamiento de las grandes masas que esperaba reunir le inspiraba interés primordial. Ordenaba a Páez empotrerar reses en las márgenes del Apure. Despachó comisiones a cargo de Gómez y Guerrero para traer reses y caballos al ejército de su mando. Cedeño y Rosales debían también recoger ganado, conducir y distribuir vestuarios, frazadas, calzados para los diferentes cuerpos de operaciones. Expedía patentes de corso para hostilizar de ese modo los transportes marítimos de España. Sostenía activo y eficaz servicio de espionaje para conocer

los movimientos del enemigo y mantenía expeditas sus comunicaciones con los diferentes comandos.

No había detalle que escapase al genio ejecutivo de Bolívar. Daba instrucciones minuciosas acerca de la manera de coger, conducir, atar, encerrar, alimentar, vigilar y beneficiar el ganado, a fin de evitar las escapadas, de obtener mayores rendimientos, de lograr la más grande economía. Proveía todo lo relativo al transporte de los fusiles, la pólvora, el plomo, el calibre de las balas, la fabricación de los cartuchos, su almacenaje y su distribución. Si faltaban zapatos, indicaba en qué lugares podrían conseguirse alpargatas. Si escaseaban ciertos víveres, indicaba cuáles podían reemplazarlos. Recomendaba las medidas de precaución que debían adoptarse para impedir las desertiones, tan frecuentes en las tropas colecticias. Sugería medios para evitar las estampías nocturnas de los caballos o su pérdida por negligencia de oficiales y soldados. Anotaba y comunicaba las faltas en que habían incurrido los jefes a quienes se encargaba alguna comisión. Establecía los itinerarios de las columnas y guerrillas que ordenaba movilizar, pormenorizando los caminos que debían seguir e informando sobre su estado y condiciones. Indicaba los pasos por los cuales debían vadear los ríos. Le preocupaba hasta el modo de mover sus fuerzas. En carta para Páez y con referencia al avance de Plaza decía: "Sus marchas son lentas por que así se hace concebir al enemigo que son dobles nuestras fuerzas". A unos ordenaba: "Vaya volando". A otros recalcaba su interés en que no hiciesen marchas forzadas. Ponía cuidado en que no se fatigasen

innecesariamente las tropas ni sus cabalgaduras. Exponía las emergencias que podían ocurrir como consecuencia de cada orden y daba las instrucciones correspondientes á cada contingencia posible. A pesar de las distancias inmensas, de las selvas impenetrables, de los ríos caudalosos y traidores, de las guerrillas enemigas, de todos los obstáculos que le oponían la naturaleza y los hombres, Bolívar se mantenía en contacto palpitante con todos los núcleos patriotas y dictaba sus medidas de guerra como un gran capitán que todo lo piensa, todo lo prevé, todo lo sabe y lo que no sabe lo adivina.

EL PLAN DE CAMPAÑA

Los grandes núcleos del poder español en Venezuela eran dos: el ejército de La Torre, concentrado en los llanos de San Carlos y las divisiones de Morales, que operaban en las inmediaciones de Calabozo. Con estas fuerzas los realistas poseían a Caracas y dominaban la región septentrional y central de Venezuela y la costa marítima, desde Coro hasta Cumaná. Eran por todo algo más de 10.000 soldados, veteranos en su casi totalidad, europeos en muy crecido número.

Estas eran las fuerzas que Bolívar debía destruir. Para lograrlo puso en ejecución su plan de campaña: converger hacia Caracas, procurando mantener divididas las fuerzas de Morales de las del Mariscal La Torre. Bermúdez, bajo las órdenes inmediatas de Soublette, debía operar por los valles de Barlovento. Urdaneta amenazaría el flanco derecho del enemigo, con Maracaibo como base de operaciones. Bolívar atacaría

por el Sur, uniendo al suyo los ejércitos de Páez y de Urdaneta.

Como consecuencia de ese plan el Occidente de Venezuela quedaba todo invadido por los patriotas desde San Fernando de Apure hasta Coro. Cruz Carrillo con una columna de mil infantes, amenazaría a Valencia y despejaría el camino para facilitar el avance de Urdaneta entre San Felipe y el Tocuyo. Temibles guerrilleros mantendrían constantemente acosadas y distraídas las fuerzas realistas: Remigio Ramos, Reyes Vargas, Juan Gómez, el célebre Padre Torrellas. Por el Oriente Zaraza, cooperando con Bermúdez, debía hostilizar a Morales para impedir su junción con La Torre. Monagas apoyaría esta operación con su caballería. El ejército republicano ejercería presión simultánea por todas partes. El círculo de hierro y fuego debía estrecharse entre el Levante y el Poniente, avanzar hacia el Norte, llegar al mar. Si La Torre no lograba contrarrestar la formidable presión circundante, sería arrojado hacia Valencia y Puerto Cabello y allí sería sitiado y destruido.

Al romperse el armisticio de Trujillo, La Torre extendía sus líneas hasta Araure, Ospino y Guanare. Morales había logrado salvar la corta distancia que le separaba de La Torre desde Calabozo y había concentrado su caballería en el Pao y su infantería entre el Tinaco y San Carlos. Bolívar inició los éxitos republicanos con la acción de Boconó. Un escuadrón de dragones practicó un reconocimiento sobre esa población y hallando allí un destacamento de húsares españoles, lo batió completamente. Gómez, el jefe republicano,

trajo como trofeos de su victoria algunos prisioneros, caballos aparejados, carabinas y lanzas.

La escaramuza de Boconó produjo la evacuación de Guanare por la 5ª división española, que se replegó sobre San Carlos, hostigada al mismo tiempo por Remigio Ramos, quien operaba entre Mijagual y Guanarito. El Libertador se movió entonces hacia el Norte. Ocupó sucesivamente a Ospino, Guanare, Araure y San Carlos, donde entró el 2 de Junio. Al primer éxito de Boconó sucedieron otros. El 31 de Mayo Plaza sorprendió una avanzada del escuadrón *Baqueanos* en el pueblo de San José, la dispersó completamente y logró apoderarse del centenar de caballos que la componían y de algunos prisioneros. Dos días después hizo Cedeño nueva incursión en la descubierta enemiga con ciento cincuenta Dragones. Los realistas huyeron con tal prisa que por espacio de doce leguas no hicieron un alto, acosados de cerca por los lanceros republicanos, que les tomaron un número de prisioneros igual al de su propio efectivo. La Torre decidió concentrar sus fuerzas en la llanura de Carabobo y aceptar allí el combate definitivo que buscaba Bolívar.

MOVIMIENTOS PRELIMINARES

Páez efectuó con toda felicidad el 9 de Junio la unión de sus fuerzas con las del Libertador. Mandaba 1.000 soldados de infantería y 1.500 de caballería, su arma favorita. Traía además 2.000 caballos para la remonta del ejército y 4.000 reses para su subsistencia. Bolívar, reforzado así por la división de Apure, disponía de 6.000 hombres de todas armas y se consideró capacitado para batir a La Torre, sin esperar

la llegada de Urdaneta. Sus fuerzas eran superiores a las del enemigo. En el campo realista las deserciones, las enfermedades, la falta de víveres para la tropa, de forrajes para la caballería, habían mermado las filas de modo espantable. Por otra parte, las operaciones de Carrillo, que amenazaba constantemente el flanco derecho de La Torre, y las de Bermúdez por el flanco izquierdo, le obligaron a distraer parte considerable de sus fuerzas. Sólo podía oponer a Bolívar algo más de 5.000 hombres: infantería europea de primer orden; caballería criolla, compuesta en su mayor parte de llaneros que habían militado con Yáñez y con Boves.

Resuelto Bolívar a caer desde San Carlos sobre su adversario fortificado en Carabobo, no tenía otra alternativa que la de forzar la entrada al llano por medio de una ofensiva resuelta. La Torre ocupaba posiciones desde las cuales dominaba los dos desfiladeros que permitían el acceso a la llanura. Sus destacamentos de observación avanzaban hasta el pueblo de Tinaquillo, situado sobre el camino real de San Carlos, de manera que el jefe español estaba en capacidad de conocer con ventajosa anticipación los movimientos de Bolívar. Era menester destruir aquella fuente de información. El Libertador dió el encargo a Laurencio Silva, el húsar de la lanza invicta. Silva ejecuta entonces proeza digna de su fama. Avanza sobre Tinaquillo; sorprende la descubierta española; cae sobre ella con el ímpetu de un alud; da muerte a su comandante y a cuatro jinetes más; otros quedan heridos; los demás, sobrecogidos de pavor ante aquel ataque repentino y mortífero, quedan prisioneros. Uno solo de

los exploradores pudo regresar fugitivo a su campamento. En efecto moral de esta escaramuza fue tan grande, que La Torre incurrió en el error inexplicable de evacuar el cerro de Buenavista, desde donde dominaba el desfiladero que conducía a Carabobo. Se replegó sobre las pequeñas colinas que cerraban el camino más al Norte.

La situación del ejército republicano mejoró sensiblemente.

LOS PALADINES

El 23 de Junio el ejército de Bolívar estaba acampado en la sabana de Tinaquillo. Era la flor y nata de los bravos de Colombia: veteranos granadinos, llaneros venezolanos, voluntarios ingleses, oficiales de primer orden, jefes que eran la encarnación de las glorias patrias.

Tres divisiones de infantería y diversos cuerpos de caballería componían el Ejército. Formaban la primera el batallón *Bravos de Apure*, la *Legión Británica* y mil quinientos jinetes distribuidos en ocho escuadrones. Mandaba estas fuerzas Páez, el Aquiles americano, el héroe de los combates fabulosos y las hazañas legendarias que sólo ha menester la pátina de los siglos para asumir ante la humanidad las proporciones gigantescas de los personajes de la *Ilíada*.

La segunda división estaba bajo el mando del benemérito Manuel Cedeño, centauro de la escuela de Páez, pundonoroso hasta el extremo, arrojado hasta la temeridad, cortejador de la muerte después de la victoria. Sus batallones eran el *Tiradores*, el *Boyacá* y el *Vargas*. Tenía además el *Escuadrón Sagrado*, cuerpo

montado de oficiales de reserva, a cuya cabeza estaba el fogoso Aramendi.

La tercera división era la de reserva. Estaba a órdenes del bizarro Ambrosio Plaza, rival de Cedeño por el denuesto inverosímil; su compañero en la inmortalidad sucumbiendo junto con él en el campo del honor. En esta división se hallaban los batallones *Granaderos de la Guardia, Rifles, Anzoátegui, Vencedores* y un cuerpo de caballería.

Y qué constelación de jefes y oficiales, la que Bolívar agrupaba en torno de sí como digno cortejo de su grandeza! Además de Páez, de Cedeño y de Plaza, los tres astros de Carabobo, estaban allí Laurencio Silva, Hércules por la fuerza, Ajax por el ímpetu guerrero, cuyo corcel volaba como el huracán y cuya lanza hería como el rayo; Juan José Rondón, que en el campo glorioso de Boyacá, cuando la victoria estaba aún indecisa, había dicho: "Mal puede ganarse la batalla cuando yo todavía no he cargado." Bartolomé Salom, tan meritorio como modesto, tan justo como valiente, tan severo en el mandar como cumplido en el obedecer; Juan Farriar, el inglés imperturbable y sereno, firme ante la pujanza enemiga cual roble enhiesto ante la furia del vendaval; Juan Mellado, héroe de los más crudos combates, que ponía su punto de honra en que nadie marchase delante de él, en el ataque; Lucas Carvajal, batallador insigne a quien más tarde cupo la honra de ser el primero en dar a Bolívar el parte del triunfo de Junín; Francisco Aramendi, que había compartido con Páez la gloria de sus más altas proezas; Rafael de las Heras, veterano im-

petuoso que venía guerreando desde los comienzos de la revolución; Juan Uslar, hidalgo hanoveriano, antiguo oficial de Wellington que había hecho con él la campaña de la Península y había peleado en Waterloo; Eduardo Brand, ascendido por el Libertador sobre el campo de Carabobo por actos sobresalientes de bravura y de pericia; Ignacio Pulido, que comandaba el batallón *Vencedor* y Arturo Sandes, que estaba a la cabeza del *Rifles*, el cuerpo mejor disciplinado de Colombia; Hermenegildo Múgica, llanero indomable, impávido en el peligro, temible en el acometer; Cornelio Muñoz, Comandante del *Escuadrón de honor* de Páez y a quien Bolívar llamó “el valiente”; Antonio Rangel, de quien dijo el Libertador que “como siempre, hizo prodigios”; Juan Gómez, que mostraba en su lanza tinta en sangre los estragos que hacía en las filas enemigas; Carlos Diego Míchin, irlandés valeroso que desde la verde Erin había venido a luchar por la libertad de Colombia; Pedro León Torres, Comandante del batallón *Bravos de Apure*, que llegó a contar en su hoja de servicios cuarenta acciones de guerra; Manuel Manrique, que dos años después de Carabobo remataba el triunfo en Puerto Cabello y desde allí enviaba como trofeo al Vicepresidente Santander las llaves del castillo de San Carlos; Cruz Paredes, que había recogido laureles en el suelo venezolano como los recogió después inmarcesibles en los campos de Quito y del Perú; Juan José Flores, más tarde General y Presidente de la República del Ecuador; Daniel Florencio O’Leary, militar insigne, escritor talentoso y ameno, a quien la Historia americana debe el servicio

inapreciable de sus *Memorias*. Y estaban también allí Briceño Méndez, el brillante Secretario del Libertador; sus lucidos Edecanes Ibarra, Ibáñez, Umaña; el guerrillero Remigio Ramos; los briosos comandantes Cala y Arguíndegui, y en fin, Emigdio Briceño, Vicente Piñeres, Ramón Acevedo y Enrique Weir, que llegaron todos a ser Generales. Una pléyade imponente de héroes. Nombrarlos a todos sería prolijo. Relatar sus méritos, imposible.

Qué hombres y qué tiempos! Cuando mi mente los evoca en conjunto, paréceme contemplar un Valhalla esplendoroso, donde Odín y Thor, reinando entre la bélica hermosura de las Valkyrias, agasajan como a hijos predilectos a los bravos guerreros de la emancipación colombiana.

LA VISPERA DE LA BATALLA.

BOLIVAR OPTIMISTA

En la tarde del 23 de Junio el ejército libertador lleva a cabo una gran revista. Bolívar inflamado de entusiasmo arenga los diferentes cuerpos y batallones. A cada uno le recuerda sus victorias. Para cada cual tiene la frase de fuego que refinará su pundonor y enardecerá su arrojo. Como César, como Napoleón, esgrime a maravilla el arma mágica de la elocuencia militar. A los de la Legión Británica les dice: “Mañana veréis que los colombianos son dignos de pelear al lado de los hijos de Albión.” Después se dirige a todas las tropas. Concentra su pensamiento y su anhelo en una frase tan corta: “Mañana seréis invictos en Carabobo.”

Dominando el desfiladero había colocado La Torre cuatro piezas de artillería. Cubría su flanco derecho el batallón *Hostalrich*, de gran nombradía en el ejército expedicionario; el izquierdo, el del *Infante*; en el centro estaba el de *Barbastro*. Formaban en la reserva los batallones de *Burgos*, de *León* y de la *Reina*. A retaguardia, protegiendo el camino de Valencia a San Carlos, se encontraba el *Valencey*, que escribió en Carabobo una página inmortal. Había, además, mil jinetes montados en excelentes caballos y armados de carabina y lanza.

Si a las tropas de La Torre no les hubiera faltado la fuerza moral, bien hubiera podido él triunfar en Carabobo. Su posición era formidable; su pericia, reconocida; número, tenía el suficiente. Más sus filas estaban minadas por dos elementos de muerte: la convicción anticipada de la derrota y la desertión. Morillo, perspicaz y astuto, había abandonado el mando a La Torre cuando vió que la desertión era incontenible entre los criollos realistas. No quiso presenciar como Jefe la hora del desbarajuste final. Los golpes asestados por los patriotas desde 1819 y la doctrina republicana que cundía, habían obrado fatalmente en el ánimo de los criollos que formaban la espina dorsal de los ejércitos reales. Desertaban o se pasaban al campo republicano. Los mismos peninsulares peleaban sin entusiasmo verdadero. Se sostenían únicamente por el honor militar. La Torre era hombre de honor y por eso recogió valientemente el guante que le arrojó Bolívar. Su hoja de servicios revelaba merecimientos no comunes. Era de los heroicos defensores de Zaragoza. Había pe-

leado en Gerona y se había distinguido en Torres-Verdras. En Salamanca tuvo mando importante en el ala derecha del ejército que derrotó al Duque de Ragusa en aquella magistral acción de guerra. Fue ascendido a Mariscal de Campo y coronó una gloriosa carrera en la Península contribuyendo en Vitoria al triunfo final que destruyó la dominación napoleónica en España. Era un buen capitán, pero mandaba un ejército sin cohesión condenado a quedar deshecho al recibir un golpe fuerte. Esto fue lo que comprendió Bolívar cuando se resolvió a atacarlo en Carabobo.

EL ATAQUE

Eran las nueve de la mañana cuando el ejército comenzó a moverse por el desfiladero. Al llegar al pie de las colinas que dominan la entrada al llano, hizo alto. El Libertador se apeó de su cabalgadura y se subió al caballete de una choza pajiza. Remigio Ramos le acompañaba en calidad de práctico. Por un rato largo escrutó Bolívar con el anteojo el campo enemigo, las peculiaridades del terreno, la disposición de las fuerzas contrarias. En los ejércitos contendores reinaba mientras tanto un silencio solemne.

Terminó Bolívar su inspección y dió orden general de cargar las armas y de reunir los zapadores de todos los cuerpos. Entonces con ellos, con sus cuatro edecanes y con una parte del Estado Mayor penetró en el desfiladero. Momentos después se oyeron los primeros tiros. Era la vanguardia que peleaba con el Libertador a la cabeza.

Bolívar abarcó la situación con mirada de águila.

Comprendió que el ataque de frente por la fragosa senda que seguía era sin duda alguna el sacrificio, la derrota. Pero se dió cuenta al mismo tiempo de que el enemigo no esperaba el asalto más que por el camino de San Carlos o por el del Pao. En esta situación concibió operación táctica magistral. Dispuso flanquear a La Torre por la vereda intransitada que terminaba en el bosquecillo de chaparros situado al occidente de la llanura. Atrevido era el movimiento. Para llevarlo a cabo era menester un jefe de condiciones excepcionales. Bolívar lo tenía allí: dió la orden de avanzar al General Páez, el león de Apure.

Los zapadores comenzaron a abrir una trocha para el paso de la primera División. Sobre la entrada de la trocha concentraba sus fuegos la artillería española. Allí se encontraba O'Leary impassible. Al llegar cada cuerpo les daba la consigna: "Hileras a la izquierda y trote."

Así pasaron todas las tropas republicanas. Cada batallón que pasaba pagaba su peaje de muertos y heridos.

Páez ejecutó el movimiento de flanqueo con rapidez asombrosa. La Torre comprendió el movimiento y corrió a cubrir el chaparral por donde venía el asalto. Los españoles dominaban una colina. Los patriotas habían llegado a otra y de allí debían descender al valle atravesando antes un riachuelo por otro desfiladero estrecho y abrupto. El batallón *Bravos de Apure* fue el primero en pasar y en trabar combate con los realistas. Allí fue el fuego nutridísimo. La matanza crecía por momentos. La Torre les cargaba de firme con cuatro batallones: el *Burgos*, el del *Príncipe*, el *Hostalrich* y el

Barbastro. Ya los apureños comenzaban a ceder, se arremolinaban, iban a replegarse. Comienzo de rechazo. Entonces llegó la *Legión Británica*.

COMO EN WATERLOO

Los ingleses desfilaron impávidos bajo la lluvia de balas. Su serenidad, dice Baralt, “no parecía de criaturas racionales”. Cuando quedaron desplegados en formación de combate arrojaron al suelo los morrales, clavaron su bandera, hincaron la rodilla en tierra y rompieron el fuego al grito de ¡viva la América libre! Así se sostuvieron contra las cargas redobladas del enemigo. Firmes, impertérritos, disparando continuamente, sin vacilar un momento, sin perder una pulgada de terreno. Repetían en el suelo americano la lección que habían aprendido en Waterloo. El Coronel Farriar, Jefe del batallón, quedó allí mortalmente herido; el Mayor Davy, herido; Minchin, herido; Scott, muerto. Casi toda la oficialidad quedó fuera de combate. Cuando ya se habían agotado los cartuchos, se les mandó cargar a la bayoneta. Hubo un momento en que la caballería realista se precipitó sobre ellos a rienda suelta, con ímpetu espantable. Parecía imposible que aquellas tropas fogueadas y diezmadas pavorosamente, resistiesen la feroz embestida. Minchin ya herido, ha asumido el mando. Los ingleses forman el cuadro y continúan inmóviles, adheridos al suelo como una roca de granito. Los realistas caen sobre ellos para romperlos, pero han encontrado una muralla de bayonetas y han sido recibidos con una postrer descarga. Los asaltantes vuelven

grupos y en su retroceso precipitado atropellan a su propia infantería. El batallón *Apure* mientras tanto ha logrado rehacerse, gracias a la heroica firmeza de los hijos de Albión. Los dos cuerpos siguen ahora peleando juntos en la gloriosa camaradería del heroísmo común.

LAS CARGAS REPUBLICANAS

En esos momentos llegaron los *Tiradores de la Guardia*. Mandábalos el denodado Heras. Unió a sus tropas de refresco las disponibles del *Apure* y de la *Legión Británica* y con ellas cargó impetuosamente. Los realistas comenzaron a ceder terreno. Se batían sin embargo en buen orden, replegándose sobre el grueso del ejército y buscando el apoyo de la caballería. Mientras tanto, las filas republicanas se engrosaban con el primer escuadrón del *Regimiento de Honor*, mandado por brillante jefe: el Coronel Cornelio Muñoz. Páez también estaba allí. Se había puesto a la cabeza de sus huestes y peleaba con su ardor de siempre. Montado en fogoso corcel blanco, vestido de gran uniforme, cubierto el pecho con alamares de oro y en la cabeza el sombrero de gran penacho níveo, su hercúlea figura se destacaba magnífica entre las de sus valientes compañeros.

Los lanceros de Muñoz son ahora el cuerpo más fresco. A su empuje y al de las demás tropas republicanas los realistas siguen cediendo. Los *Carabineros* españoles quedan envueltos. Los *Húsares de Fernando VII* están en fuga. Las fuerzas asaltadas ceden definitivamente; abandonan la eminencia que ocupan y

toman nuevas posiciones. Entonces La Torre lanzó contra los patriotas el grueso de su caballería. Eran mil llaneros que comandaba Morales. Sus lanzas habían sido por muchos años el más temible enemigo de los republicanos. Bajo el mando de Boves y de Yáñez habían conquistado fama por su fiereza irresistible. Erán el terror de la campiña venezolana. El momento es de ansiedad expectante. Pero esos llaneros no son ya los mismos de antes. Están cansados de luchar por la Corona. Esperan la ocasión de huír, de desertar o de pasarse a las filas de los que luchan por la libertad de su suelo natal. No harán el daño que se espera de ellos. No darán a la infantería española el apoyo que merece por su indiscutible bizarría.

Contra la embestida de los jinetes realistas Páez destaca el *Escuadrón Sagrado*. Componían este cuerpo los jefes y oficiales sobrantes en el ejército. Montaban todos caballos blancos y su uniforme era encarnado desde la gorra hasta el botín. Su jefe era el intrépido Aramendi. Eran casi todos guerreros del tipo de Páez; jinetes prodigiosos, lanceros insignes, domadores de potros bravíos, con músculos de acero, resistencia inquebrantable, arrojo temerario que les impelía a acometer hazañas fabulosas. Eran los hombres de las Queseras del Medio, de Cojedes y de La Cruz. A éstos se les unieron todos los miembros del Estado Mayor. Aquel cuerpo de oficiales que peleaban como soldados dió una carga soberbia. Al frente de una de las compañías se encontraba un Capitán llamado Juan Angel Bravo. Con tal denuedo peleó este oficial que su uniforme exhibía las señales de catorce lanzazos que

había recibido. El Libertador dijo que merecía un uniforme de oro.

Al embate impetuoso del *Escuadrón Sagrado* comenzó la desbandada realista. La caballería de Morales volvió grupas y emprendió la fuga por el camino del Pao. Otros cuerpos que veían huír a los jinetes despavoridos eran presa del contagio de la derrota y huían también. La persecución se inició vigorosa. *Barbastro* se rindió ante una carga que mandó Páez en persona. Batallones enteros caían prisioneros. Los infantes arrojaban sus armas y se dispersaban internándose por los bosques. Las filas mermaban, las columnas se deshacían. Era el desmoronamiento, el vértigo de la derrota, la catástrofe. Carabobo era ya triunfo de Bolívar.

EL CUADRO DEL VALENCEY

En medio de aquel pánico hubo un cuerpo que sostuvo muy alto el honor del ejército vencido. El batallón *Valencey*, fuerte de mil plazas y comandado por el bizarro Coronel Tomás García, se mantenía a retaguardia cubriendo el camino real de San Carlos a Valencia. Era el único que se conservaba intacto y que faltaba rendir, dispersar o destruir. Cargaron contra ellos las legiones patriotas. Pero aquellos valientes formaron en cuadro y emprendieron la retirada disparando incesantemente, y sin abrir un claro en sus filas. Compacta y sólida como un bloque macizo, aquella masa humana se movía sobre la llanura como un gran navío, vomitando fuego por sus costados. Maniobraban con majestuosa lentitud en medio de orden

y disciplina admirables, conservando su formación a **pesar de las fieras embestidas** de mil lanzas llaneras que se esforzaban en vano por romperla. Dos veces llegaron a perder la formación en columna cerrada, pero no tardaron en rehacerse y continuaron batiéndose en retirada con impavidez asombrosa.

En aquella persecución encarnizada fue muerto el General Cedeño. El comandaba la reserva, pero su temperamento fogoso no le permitía resignarse a la inacción y a ser espectador pasivo de una refriega heroica en que ansiaba tomar parte. Empuña la poderosa lanza y acomete las filas impertérritas del *Valencey*. Su denuedo le ciega. Olvida que es jefe de una División y busca la lucha cuerpo a cuerpo como un simple soldado. Y después de ejecutar múltiples proezas detiene un momento al pie de un arroyo su caballo de batalla. Quiere dar al noble animal un instante de descanso y tomarlo también él para continuar la persecución con mayores bríos. En esos momentos es cuando recibe en la frente una bala que deja sin vida al “bravo de los bravos de Colombia.”

En las mismas circunstancias alcanzaron muerte gloriosamente Plaza y Mellado. Acompañaba el primero a Páez en sus cargas contra los batallones *Barbastro* y *Valencey*. En una de las acometidas cayó mortalmente herido por una bala enemiga. Mellado embestía junto con Rondón la izquierda del cuadro realista. En un momento en que Rondón se le adelantó, Mellado exclamó: “Delante de mí, la cabeza de mi caballo. Hundió sus espuelas en los ijares y se precipitó sobre las bayonetas enemigas. En ellas quedó clavado

el corcel. El guerrero que lo montaba cayó al suelo atravesado por siete proyectiles.

La persecución se tornaba en algo como un frenesí. Había empeño en destruir aquel batallón que representaba el último núcleo de la resistencia realista. Los asaltantes se movían sin concierto. Grandes masas de infantería se disgregaban. Parte de los batallones seguía en la persecución y parte quedaba rezagada. Dejaban a retaguardia grupos considerables de prisioneros. La confusión cundía. La batalla estaba ganada, pero se corría el riesgo de perder los frutos de la victoria. Fué aquel un momento oscuro. Bolívar recordaba la acción de Semén perdida por falta de orden después de estar ganada. Fue menester que el Libertador en persona, dando voces de mando y recorriendo el campo al galope se dedicara a restablecer la disciplina. Los cuerpos desordenados recobraron su formación. Cada cual ocupó su puesto. Renació la calma y la persecución continuó metódica y disciplinada.

Era imposible que la infantería republicana, fatigada por las penosas marchas que había hecho y por el duro combatir, pudiese sostener el paso del enemigo en retirada. Por otra parte la caballería sola no podía alcanzar resultado decisivo combatiendo al arma blanca contra un batallón de primer orden que hacía con sus fusiles fuego mortífero. Era necesario igualar armas: infantería contra infantería. Ya el *Valencey* había ganado mucho terreno y el Libertador quería evitar a todo trance su entrada en Valencia para que no pudiese refugiarse en Puerto Cabello. Entonces dis-

puso Bolívar montar a la grupa de la caballería los infantes de los batallones *Rifles* y *Granaderos de la Guardia*. Las cabalgaduras con dobles jinetes alcanzaron a los realistas en los corrales que quedan en los suburbios de Valencia. Entrada ya la noche atacaron estas fuerzas de nuevo al valeroso batallón, pero García logró rechazar esta última acometida. Pasó por Valencia, pernoctó en la montaña, recogió los dispersos que se habían disgregado y al día siguiente entró en Puerto Cabello con la mayor parte de su efectivo. En sus bravas filas hallaron refugio La Torre y su Estado Mayor. El heroísmo admirable del *Valencey* realizó en Carabobo episodio culminante que honra por igual a vencedores y vencidos.

LOS FRUTOS DE LA VICTORIA

La guarnición que ocupaba a Caracas al mando del Coronel Pereira evacuó la capital al saber el desastre de Carabobo. Bolívar y Páez entraron a ella el 29 en medio de los trasportes de regocijo de los patriotas caraqueños. La Guaira capituló pocos días después. De la famosa expedición pacificadora que Morillo había traído de España sólo quedaban los 900 hombres que salvó García de Carabobo. El ejército de 10.000 soldados que mandaba La Torre tres meses antes había dejado de serlo, según frase lapidaria de Bolívar. Quedaban también las columnas de los coroneles Tello y Lorenzo, pero acosadas por los republicanos no tardaron también en buscar refugio detrás de los muros de Puerto Cabello. En el resto de Ve-

nezuela el pabellón de Castilla era sostenido únicamente por guerrillas y montoneras.

La trascendencia de Carabobo fue, pues, inmensa. Honda la repercusión que tuvo en todos los ámbitos de Colombia. Bloqueado Puerto Cabello, Venezuela y Cundinamarca quedaban en aptitud de operar sobre el Istmo de Panamá, sobre Quito, sobre el Perú. El problema dejaba de ser la libertad de una comarca para convertirse en la libertad del continente. El Congreso tributó los honores del triunfo a Bolívar y homenaje sentido a la memoria de los valientes que rindieron la vida en la épica jornada. Páez fue ascendido al grado de General en Jefe, ofrecido por el Libertador sobre el mismo campo de batalla. A todos los individuos del ejército victorioso se les concedió para llevar sobre el brazo izquierdo, un escudo de distinción que en el centro de una corona de laurel ostentaba este mote glorioso: "Vencedor en Carabobo. Año XI".

SIGNIFICACION HISTORICA DE CARABOBO

Más que una gran batalla, juzgándola por la fuerza de los ejércitos combatientes, por el número de los muertos, por la cantidad de los heridos, por la fiereza del choque, Carabobo como hecho de armas fue una afirmación incontrovertida de la Independencia. Más que el resultado de una campaña militar, Carabobo fue la culminación de un apostolado. En Carabobo no sólo se exterminó un ejército: se destruyó una causa política. Las tropas españolas no fueron acuchilladas como en Junín, ni fogueadas como en Bo-

yacá, ni sorprendidas como en las Queseras. Fueron simplemente atacadas con coraje inaudito, dispersas, diseminadas, arrojadas a los cuatro vientos. Fue un gran derrumbamiento. El Poder realista desvencijado, bamboleó y se vino a tierra cuando la acción de Carabobo puso de manifiesto conjuntamente el genio del Libertador, las virtudes militares de sus lugartenientes, el arrojo de sus soldados, el desprestigio de la causa monárquica y la adhesión popular a la causa republicana. Los peninsulares se sentían cansados, agotados en aquella lucha titánica que mantenían en vano contra un enemigo tenaz, cuya fuerza progresaba día por día. Los realistas americanos abrieron los ojos a la luz. La lucha del hermano contra el hermano comenzaba a repugnar a los criollos que combatían la libertad política de su propio suelo. Las conveniencias, o pasiones momentáneas cedieron el campo al imperio de los nuevos y santos principios proclamados por la revolución. La deserción se hizo incontenible en las filas del Rey. La situación de España no le permitía enviar nuevos refuerzos. Era evidente que no se podía luchar más. Los esfuerzos serían ineficaces. Esta gran verdad necesitaba un suceso que la pusiera en evidencia. Carabobo fué la confirmación formidable de esa verdad. El 24 de Junio de 1821 Bolívar rubricó con la punta de su espada el acta de independencia de Venezuela y trazó en el libro del porvenir los nombres inmortales de Bomboná y de Pichincha, de Junín y de Ayacucho.



SIMON BOLIVAR
(Cuadro de Acevedo Bernal)



LOS ULTIMOS DIAS DEL LIBERTADOR

A mediados del mes de Mayo de 1830 bajaba por el río Magdalena, una de las rudas embarcaciones llamadas champanes que en aquella época comunicaban la costa con la altiplanicie granadina. En el tosco bajeel viajaba de Bogotá hacia Cartagena un hombre a quien sus acompañantes miraban con aire de respeto mezclado de ansiedad.

Aquel hombre era de baja estatura, complexión delgada, tez morena. Sus movimientos rápidos revelaban temperamento nervioso y fuerte, pero había en ellos algo que denotaba agotamiento del músculo y del espíritu. En la pupila negra y grande había esos fulgores que convierten en rayo la mirada de los que dominan por el genio; pero el ancho párpado que velaba la pupila bajo la ceja arqueada y extensa daba al semblante del viajero una expresión de tristeza va-

ga y profunda. Aquel rostro vigoroso, donde las sienes hundidas hacían resaltar la amplitud majestuosa de la frente, era el de un hombre joven prematuramente envejecido. Las canas que ponían reflejos de acero de la frondosa cabellera ensortijada, le restaban juventud a la noble cabeza escultural. Y más todavía que ellas, el rictus doloroso de los labios delgados y enérgicos, los pliegues que surcaban la frente sombría, indicaban al ser que ha pensado mucho y que ha sufrido mucho.

El viajero era en efecto un hombre en cuya existencia de menos de medio siglo se habían concentrado el fuego, la acción y las emociones que sólo encuentran cabida en las almas de los que son protagonistas en los grandes dramas de la historia. En una vida intensa y magnífica, cuyas repercusiones llenaron un mundo y una época, ese hombre recorrió la escala de todos los sentimientos que pueden afligir o alborozar el espíritu. Conoció desde la infancia el fausto que dan el linaje esclarecido y la fortuna cuantiosa. Coronó con una boda feliz sus ilusiones juveniles para pasar al cabo de un año la pena lacerante de perder a la esposa ideal. Peregrinó por las más famosas capitales del mundo como impelido por fuerzas que le hicieran buscar en refinado sibaritismo el medio de apaciguar inquietudes devorantes y mirar en el boato un reflejo de glorificaciones futuras. Se codeó con los poderosos y los grandes de la tierra y fue amigo de reyes y de sabios. Incendiado su espíritu en la llama de la libertad, juró luchar por la de su patria y fue conspirador y apóstol. Padeció fatigas y

arrostró peligros. Puso en juego su vida para luchar contra los hombres y contra la naturaleza. Conoció la angustia de las derrotas y saboreó las fruiciones del triunfo. Mandó ejércitos y gobernó naciones. Se agotó como militar en las penalidades de las campañas y pasó vigiliás como estadista para dar organización sólida a los pueblos que había libertado. Aclamado por las muchedumbres vió caer a sus plantas las flores que le arrojaban las mujeres, los homenajes que le tributaban los hombres. Para sus sienes de guerrero victorioso se tejieron coronas de laurel y de oro y de su cinto colgaron espadas de honor con empuñadura de brillantes. Como ofrenda de ciudades y naciones los orfebres labraron medallas que no cabían en su pecho y preseas resplandecientes que atestaron sus cofres. Escaló o tuvo a su alcance las más altas cumbres a que pueden remontarse el orgullo o la ambición. Dueño omnímodo del poder en cinco países distintos, pudo penetrar en el corazón de los hombres hasta sus más recónditos pliegues y así vió agitarse en derredor suyo todas las flaquezas y todas las virtudes, toda la sombra y toda la luz con que destacan su relieve las figuras de la comedia humana. Tuvo amigos que le idolatraron y compañeros que le traicionaron. Tuvo su vida amenazada por las balas de los ejércitos enemigos y por el puñal de los asesinos. Realizó una creación política grandiosa que vió desmoronarse por la desunión y las ambiciones. En aquella vida incomparable se amontonaron los honores, los aplausos, los títulos, las ovaciones, los halagos y satisfacciones de todo género; pero mezclados con los

lauros y el incienso también recogió suspicacias, decepciones, vituperios, calumnias, persecuciones y odios, y todas estas amarguras se habían apiñado en los últimos tiempos. Por eso aquella voluntad que no pudieron abatir los descalabros, aquella fortaleza que no pudieron quebrantar las penalidades de quince años de continuo batallar, habían sucumbido al fin ante los golpes redoblados de la incomprensión y de la ingratitude. Sospechado como usurpador, acusado de tirano, había resignado el mando de una gran nación e iba a buscar salud para su cuerpo aniquilado, reposo para su espíritu adolorido. Aquel viajero melancólico era Simón Bolívar, creador de Colombia, libertador del Perú, padre y fundador de Bolivia.

Pensamientos torturantes debían ensombrecer la mente del Libertador. La incertidumbre le asaeteaba. No sabía donde podía hallar el tranquilo refugio de que tenía necesidad. Deseaba marchar a Europa, pero no contaba con recursos suficientes para mantenerse allí con decoro. De su cuantiosa fortuna no le quedaban más que las minas y tierras del señorío de Aroa, que no obstante los claros títulos, él temía perder por confiscación o por injusticia de los tribunales. El Congreso le había decretado una pensión de treinta mil pesos anuales, pero esa medida no había sido sancionada todavía. Sus sueldos como primer Magistrado en Colombia y en el Perú nunca fueron bastantes para cubrir sus larguezas de gran señor, sus generosidades de gran corazón. Su desprendimiento no le había permitido acumular fortuna. Así, aquel hombre que pudo disponer de las rentas de cinco países y que había

desdeñado el millón que le ofreció el Perú, no podía emprender por falta de dinero el viaje que reclamaban su salud y su tranquilidad. Sus coterráneos lo trataban como a enemigo público y le negaban la entrada a su suelo natal. No podía ir a Venezuela ni siquiera a defender sus derechos. Se iría a Curazao o a Jamaica a esperar allí el resultado del pleito con que se pretendía arrebatarle su patrimonio ancestral. La cuestión era salir de Colombia. “Estoy decidido a no volver más, ni a servir otra vez a mis ingratos compatriotas”, escribía lleno de amargura. Vana ilusión: No iría a Europa, no iría siquiera a las Antillas. Los hados habían decretado que no saliera de Colombia!

Nuevos sucesos políticos vinieron a perturbar su tranquilidad de hombre y a tentar su conciencia de republicano. Después de la separación de Bolívar varios de sus prosélitos comenzaron a pronunciarse contra el orden de cosas creado por la Constitución del año 30. Joaquín Barriga se pronunció en Neiva, Antonio Obando en El Socorro, Carmona y Montilla en Cartagena. Bolívar desde su salida de Bogotá no hacía sino aconsejar a sus amigos la obediencia al Gobierno constitucional y al llegar a Turbaco el 25 de Mayo persuadió a los cabecillas del movimiento boliviano en la Costa a que se sometieran al Gobierno legítimo.

El 24 de Junio llegó Bolívar a Cartagena, dispuesto a embarcarse en un paquete inglés que zarpara para Europa. Dado el estado de postración en que se hallaba el Libertador, y las incomodidades de aque-

llos pequeños barcos de vela, para sus amigos aquella larga travesía era un suicidio. Pusieron pues el mayor empeño en disuadirlo del viaje. El General Montilla le dijo:

—A dónde váis señor con unos seis u ocho mil pesos que os quedan? Váis a presentaros casi indigente en un país extranjero?

—Si no muero en el viaje, los ingleses no me dejarán morir de hambre.

Bolívar se mostró irreductible y ordenó embarcar el equipaje. Así lo hicieron sus dos criados y Bolívar lo tenía todo listo para pasar a bordo más tarde, pero moviéndose la nave dentro de la bahía para la salida, encalló en un bajo y sufrió averías de tal naturaleza que el mismo capitán aconsejó al Libertador esperar la fragata de guerra *Shannon*, que debía arribar al puerto poco después. El navío llegó en efecto y su Comandante le brindó la más espléndida hospitalidad; pero sus órdenes eran la de ir a La Guaira regresar a Cartagena y luego seguir para Jamaica. En estas condiciones Bolívar decidió aguardar el regreso y aprovechar el viaje para escribir a su apoderado en Caracas encareciéndole enviarle recursos a la mayor brevedad a costa de cualquier sacrificio.

El Libertador arrendó una casa pequeña en el Pie de la Popa, caserío pintoresco que comenzaba a desarrollarse en los extramuros de Cartagena. En aquel tranquilo retiro esperaba el regreso de la fragata y con ella los fondos que con tanta urgencia había pedido. Procuraba estar solo, no ocuparse de las cosas políticas, entregado su espíritu únicamente a sus pen-

samientos, a su anhelo fervoroso de emprender ese viaje en que veía el alivio de sus dolores físicos y morales. Mas le estaban reservados otros mayores. En la noche del 1º de Julio el General Montilla y don Juan de Francisco Martín le llevaron la noticia del asesinato de Sucre, su teniente más amado, su amigo más fiel, el primer estratega de Colombia, el probo, el noble, el virtuoso Mariscal de Ayacucho. Ese golpe anonadó a Bolívar. Enmudecido por la consternación, pidió al cabo de un rato a sus amigos que le dejaran solo. Hasta muy avanzada la noche estuvo paseándose por el patio de la casa. Por la madrugada tornó a los paseos para calmar la agitación febril de que era presa. Aquel crimen horrendo en que Bolívar pudo ver un reflejo de los odios hacia él, no podía menos de desgarrar su alma y de traer nuevos quebrantos a su ya debilitada constitución. Memorias contemporáneas anotan que la fiebre lenta que le consumía no lo abandonó más desde aquella trágica noche.

Tras aquella noticia aterradora el Libertador bebió las heces del cáliz cuando el Presidente Mosquera le hizo transmitir oficialmente por medio del Ministro de Estado Azuero la nota en que el Congreso Constituyente venezolano manifestaba la disposición de entrar en relaciones con la Nueva Granada, pero advirtiéndole que ello no podría ser mientras el Libertador permaneciera en territorio de Colombia, porque Venezuela veía en el General Simón Bolívar el origen de todos sus males! Junto con aquella ofensa inferida bajo sello oficial le llegaron al Libertador las noticias del encarnizamiento que mostraba contra él el

Congreso de Valencia. Un diputado pedía su expulsión; otro abogaba por que se le declarara fuera de la ley si iba a Curazao; otro clamaba por el ostracismo perpetuo y todos cubrían de contumelia al héroe caído.

Bolívar devoró la ofensa en digno silencio y dejó sin respuesta la nota del Ministro Azuero. Sus amigos, indignados hasta la exaltación, le instaban a que no se ausentara del país en aquellas circunstancias. Según observación de Posada Gutiérrez, “irse por su voluntad, honrado con un decreto del Congreso Soberano que le permitía presentarse con dignidad en el extranjero, era muy diferente a irse arrojado con ignominia, como un traidor, por exigencia del país de su nacimiento acogida por el Gobierno Nacional”.

La fragata inglesa regresó de La Guaira, pero no trajo a Bolívar los recursos que con tanta urgencia había pedido. Así las dificultades económicas eran mortificación adicional en aquella situación de desaliento y de angustia. El Libertador trajo de Bogotá una libranza de ocho mil pesos contra el Tesoro departamental del Magdalena. Para lograr el pago de esta suma el árbitro de los destinos de cinco naciones hubo de suplicarlo así al Prefecto Amador: “Como estoy pobre y necesito este dinero para mi partida, suplico a Ud. muy encarecidamente la mande pagar y si no hubiere fondos disponibles me atrevo a esperar que Ud. diese providencia para que algunos deudores del Tesoro me la pagasen, aunque fuese con algún descuento”. Antes de salir de la capital había llevado su plata labrada a la Casa de Moneda. Lo que

recogió en dinero fue suma exigua. Vendió luego sus alhajas, sus caballos, todo aquello de que podía desprenderse. Así logró reunir algún efectivo. Pero las limosnas sistematizadas para parientes desvalidos y pobres vergonzantes, los socorros para viudas y huérfanos, los auxilios para militares menesterosos, daban cuenta de la mayor parte de sus ingresos. Jamás se tendieron hacia él las manos trémulas de la miseria sin recibir ayuda cordial. Armas, cabalgaduras, hasta su propia ropa solía regalar. Cuando salió de Bogotá da a un amigo su quinta campestre. “Quisiera tener una fortuna que dar a cada colombiano”, escribió una vez. Los hechos fueron siempre más elocuentes que esas palabras.

En Cartagena se consumió rápidamente el dinero que Bolívar trajo de Bogotá. No llegándole el que esperaba de Caracas, tuvo que apelar a los préstamos. Apremiado de esta suerte, entre los sinsabores de la estrechez, la conducta de sus enemigos, los padecimientos siempre crecientes y las instancias de sus amigos, que le encarecían desistir del viaje, Bolívar, siempre deseoso de emprenderlo y todavía vacilante después de la llegada de la fragata, acabó por decidirse. “Tienen Uds. razón, nobles amigos míos, —les dijo—; por mi voluntad, estaba resuelto a irme; echado no debo hacerlo por el honor mismo de Colombia, por el honor de Venezuela. Además, me siento morir, mi plazo se cumple, Dios me llama; tengo que prepararme a darle cuenta, y una cuenta terrible, como ha sido terrible la agitación de mi vida, y quiero exhalar mi último suspiro en los brazos de mis antiguos compa-

ñeros, rodeado de sacerdotes cristianos de mi país y con el crucifijo en las manos. No me iré”.

Y al decir esto, dos lágrimas de amargura infinita surcaron las mejillas enflaquecidas del héroe.

*
*
*

Entre tanto iba llegando a su colmo la efervescencia de las pasiones políticas. La procacidad de los unos; la intolerancia de los otros; el ánimo de los antiguos compañeros de armas de Bolívar sublevado contra los ataques de que se le hacía víctima; la fuerte opinión que existía en favor de la integridad de Colombia; el antagonismo agudo entre venezolanos y granadinos y agregados a todos estos factores, la bancarrota completa del Erario, la pobreza general y la desmoralización del criterio público, dieron por resultado aquella tremenda tempestad que en su expresión más material y simplista vino a ser el choque de la fuerza entre los sostenedores del régimen constitucional y los amigos de Bolívar.

La rebelión del Coronel Francisco Jiménez y del General Justo Briceño en El Socorro culminó en la desastrosa derrota de las fuerzas del Gobierno en el cerro de El Santuario y tuvo por consecuencia la caída del régimen constitucional. Surgió de ella el gobierno provisorio que encabezó el General Urdaneta, transformación que tuvo como eco los movimientos bolivianos que se sucedieron en otras partes. Pedro Mares y Reyes Patria se rebelaron en Tunja. Posada Gutiérrez se alzó en Honda y en Mariquita. José Domingo Espinar separaba de Colombia el Istmo de Pa-

namá y protestaba no reincorporarlo mientras no se lo ordenara el Libertador. Meses antes ya habían venido de la misma Venezuela noticias de movimientos reaccionarios en favor de la integridad de Colombia, como los realizados por las poblaciones de Rio-Chico y Alto-Llano, que sostenían el General Infante y los Coroneles Parejo y Bustillo. Cali proclamaba la integridad de Colombia con el Libertador como jefe supremo y la asamblea departamental de Buga poco después confirmaba esos votos.

Encargado del poder Urdaneta despachó sin demora una Comisión a Cartagena para ofrecer al Libertador el mando supremo.

Si alguna crisis ha servido para poner de relieve los quilates de Bolívar como republicano, ella fue la gran convulsión de 1830. He aquí un hombre despojado del poder, exento de fortuna y tachado de ambicioso, a quien se le ultraja, se le persigue, se le trata de arrebatar sus bienes y se le quiere declarar fuera de la ley como a un malhechor. A este hombre, a quien sus enemigos han querido quitarle hasta la vida, se le ofrece nuevamente el poder. Un poder espúreo en su forma, pero poder al fin. Cuán grande la tentación! Dueño nuevamente del mando podía tal vez hacer efectivos con la fuerza los derechos que le disputaba la mala fe; podría rehacer su fortuna; podría poner a raya a sus enemigos, vengarse de ellos. El poder que se le ofrecía emanaba directamente de la sedición militar, pero él podía decir que lo respaldaba el sentimiento de las masas. Al fin y al cabo el pueblo es el origen de toda autoridad. La Municipa-

lidad de Bogotá lo llamaba; las autoridades civiles de Cartagena le suplicaban aceptar el mando; Mompo, cuna de su gloria, lo aclamaba. De todas partes venían manifestaciones de la voluntad popular con las cuales podía darse visos de legalidad a su retorno. Estaba enfermo, es verdad, su naturaleza estaba fatalmente herida, pero él se había sentido morir otras veces y había reaccionado. Si la ambición o la venganza hubieran espoleado a Bolívar, su voluntad de acero se habría sobrepuesto a los males físicos y el batallador se hubiera aprestado para la lucha, como en Casacoima, como en Pativilca.....

Mas el héroe no perdió la ecuanimidad en aquel hervidero de pasiones desencadenadas. Le arredraba la visión del desorden, le halagaba la reacción que exaltaba sus merecimientos en contraste con la ingratitud reinante; tuvo sin duda instantes de vacilación en que los instintos humanos y los bríos de dominador le empujaban a la reconquista del poder; pero prevalecieron en su ánimo el respeto a su propio nombre y a los principios. A Justo Briceño, que le excitaba a tomar el mando del ejército, le decía con fecha 4 de Septiembre: "Si yo diera de nuevo este paso, sería un nuevo triunfo para mis enemigos." A las representaciones exaltadas de los Comisionados que le envió Urdaneta, Bolívar respondió que sus veinte años de servicios y de sacrificios le habían demostrado que para la felicidad de los colombianos era otro ciudadano quien debía reemplazarlo en el mando supremo.

Dominado por el temor de que la anarquía se en-

señoreara de la República, ofreció a Urdaneta en comunicación oficial marchar a Bogotá, a servir "como ciudadano y como soldado hasta tanto que una elección constitucional diera a la patria un cuerpo legislativo y nuevos Magistrados." En esta promesa, que algunos han querido interpretar como decisión de Bolívar de hacerse corifeo de la usurpación, no había sino el deseo de imponer a los pueblos el respeto a su nombre como elemento de orden mientras se solucionaba la crisis. Su verdadera intención quedó consignada en otros actos.

Al mismo General Urdaneta en carta privada le declaraba: "Santamaría me dice que si no acepto el mando habrá infaliblemente espantosa anarquía; pero qué he de hacer yo contra una barrera de bronce que me separa de la Presidencia? Esta barrera de bronce es el derecho. No lo tengo, ni lo ha cedido quien lo poseía."

Contestando al talentoso García del Río el discurso con que éste le transmitió los votos de las autoridades y padres de familia de Cartagena, le dijo así: "Decid, señores, a vuestros comitentes, que por respetable que sea el pronunciamiento de los pueblos que han tenido a bien aclamarme Jefe Supremo del Estado, sus votos no constituyen aun aquella mayoría que sólo pudiera legitimar un acto semejante, en medio de la conflagración y de la anarquía espantosa que por todas partes nos envuelve."

A Don Estanislao Vergara, Ministro de Estado, le escribía con acrimonia el 25 de Septiembre: "Si yo recogiese el fruto de esta insurrección, yo me haría

cargo de toda su responsabilidad. No puedo, mi amigo, no puedo volver a mandar más; y crea Ud. que cuando he resistido hasta ahora a los ataques de los amigos de Cartagena, seré incontrastable”.

En aquella carta vació el Libertador todo el acíbar que llenaba su alma. En ella se reveló el conductor de pueblos vencido por los desengaños, cuando estampaba estas frases: “Todas mis razones se fundan en una: *no espero salud para la patria.*” “Si no hubiera más que un sacrificio que hacer y éste fuera el de mi vida, o el de mi felicidad, o el de mi honor, créame Ud., no titubearía. Pero estoy convencido que este sacrificio sería inútil, porque nada puede un pobre hombre contra un mundo entero; y porque soy incapaz de hacer la felicidad de mi país, me deniego a mandarlo. Hay más aun: los tiranos de mi país me lo han quitado y estoy proscrito; así, yo no tengo patria a quien hacer el sacrificio.” Con estos conceptos el Libertador repetía el pensamiento amargo que ya había consignado en su mensaje al Congreso constituyente de 1830: “Todos, todos mis conciudadanos gozan de la fortuna inestimable de parecer inocentes a los ojos de la sospecha; sólo yo estoy tildado de aspirar a la tiranía”.

Esta lucha cruel entre los deberes de republicano y las exhortaciones de los partidarios; esta perspectiva pavorosa de ver al país debatirse entre una posible dictadura y una anarquía cierta; este dolor agudo de ver disuelta la esplendorosa concepción política de la Gran Colombia, hija favorita de su numen y de su brazo; este espectáculo trágico de las facciones y del

caudillaje militar; ese sentimiento infinitamente desconsolador de que quince años de campañas, cuatrocientas setenta y dos acciones de guerra y todos sus desvelos de apóstol y de estadista durante cuatro lustros habían sido lo mismo que arar en el mar; y por encima de todo haber recogido la proscripción, los denuestos, la pobreza y la muerte como galardón final de su obra gigantesca, hubieron de abatir al coloso, porque como dijo el vate francés, “hay cosas más fuertes que el hombre más fuerte”.

*

* *

Los síntomas del mal que minaba su organismo iban arreciando en intensidad. Con todo, el Libertador, poco cuidadoso de su salud, no había buscado tratamiento médico. De Cartagena pasó primero a Soledad y luego a Barranquilla en el mes de Octubre. Una carta escrita por esos días al General Urdaneta pinta el cuadro lastimoso de sus padecimientos. Se sentía peor que nunca. Le había vuelto un reumatismo del cual se creía curado. No podía andar sin terribles dolores. Subir escaleras le producía desvanecimientos. La menor corriente de aire le hacía daño. El calor, la humedad lo oprimían cruelmente y no tenía fuerzas ni para tenerse en pie. Aquella carta terminaba diciendo: “Adiós, mi querido General, no puedo dictar más; los accesos de tos me ahogan.” Al General París le decía en otra: “Apenas me quedan fuerzas para soportar los últimos días que me quedan de mortificación”.

Desde mediados de octubre proyectaba el Liber-

tador irse para Santa Marta, esperando en que el clima de aquel lugar y la travesía marítima le harían algún bien. Pero no fue hasta el 28 de Noviembre cuando pudo emprender el viaje. Cuando desembarcó hubo necesidad de transportarlo en silla de manos. En Santa Marta es donde por primera vez, cuando ya es irremediablemente tarde, acude a los auxilios de la medicina. Allí encuentra un joven médico francés, Alejandro Próspero Révérend, antiguo bonapartista emigrado, quien junto con los auxilios de la ciencia le brinda los tesoros de su cálida simpatía y ese tierno interés con que supo corresponder al honor insigne de haber recogido las últimas palpitaciones del más grande corazón de América.

Los primeros seis días pasados en Santa Marta demostraron que la muerte se acercaba al galope. La extenuación era mayor cada día. La tos, el insomnio, la desgana, los dolores, el hipo, todos los síntomas se intensificaban y revelaban los estragos de la enfermedad. El 6 se le trasladó a la quinta de San Pedro Alejandrino, que un español hospitalario, don Joaquín de Mier, puso a la disposición del Libertador. El aire del campo, la reacción del cambio le hacen disfrutar de un bienestar pasajero. "Mis mejoras han comenzado de ayer acá," decía el 8 a un amigo para quien dictó una carta. La ilusión no dura mucho pues la muerte continúa su avance implacable. Esa misma noche la fiebre sube, los padecimientos aumentan el ilustre enfermo comienza a desvariar. Los delirios se hacen cada día más frecuentes. En uno de ellos los labios exangües se entreabren para dar paso a voces

entrecortadas que revelan los tormentos morales y los anhelos que debieron obsesionar la mente del enfermo. "Vámonos, vámonos!..... Esta gente no nos quiere en esta tierra..... Vamos muchachos, lleven mi equipaje a bordo de la fragata!".

Durante el día los síntomas son menos severos, hay alivios momentáneos, durante los cuales dicta una que otra carta; intervalos de completa lucidez y vigor mental en que brilla una chispa de humor, un rayo de esperanza, un brote de ironía o un acento de protesta.

Un día se hallaba el Libertador solo con su médico y de repente le preguntó:

—Y usted qué vino a buscar por estas tierras?

—La libertad, respondió Révérend.

—Y usted la encontró?

—Sí, mi General.

—Usted es más afortunado que yo, pues todavía no la he encontrado..... Con todo, vuélvase usted a su bella Francia, donde está ya flameando la gloriosa bandera tricolor, pues no se puede vivir en este país donde hay muchos canallas!

En otra ocasión Révérend leía unos periódicos mientras el enfermo reposaba.

—Qué está Ud. leyendo? inquirió el Libertador.

—Noticias de Francia, mi General.

—Serán acaso referentes a la revolución de Julio

—Sí, señor.

—Gustaría usted de ir a Francia?

—De todo corazón.

—Pues bien, póngame Ud. bueno, Doctor, e iremos juntos a Francia. Es un bello país que además

de la tranquilidad que tanto necesita mi espíritu, me ofrece muchas comodidades propias para que yo descanse de esta vida de soldado que llevo hace tanto tiempo.

El 10 de Diciembre tienen lugar las escenas conmovedoras en que el Libertador se despide de este mundo y se prepara para entrar al otro. Mediante un tratamiento enérgico Révérend ha logrado despejarle el cerebro por la tarde y convencido de que el fin se acerca aconseja a Montilla llamar al Obispo Estévez para que éste le induzca a arreglar sus cosas espirituales y temporales. La llegada del prelado sorprende al Libertador. "Qué es esto? exclama; estaré tan malo que se me hable de testamento y de confesarme? Révérend trata de confortarlo, pero es innecesario porque el ánimo estoico de Bolívar no desfallece ante la visión de la eternidad. El egregio doliente se resigna al decreto de lo inexorable y lleno de serenidad se confiesa y hace testamento. Después dicta su última proclama, ese documento inmortal donde el llamamiento patético a la concordia resonará a través de las edades como los de un profeta moribundo ante la tragedia de la Gran Colombia despedazada, y donde la queja del mártir expirante queda ahogada por la palabra inefable del perdón. Por la noche recibe la eucaristía y los óleos. Terminada la ceremonia religiosa se procede a leer la proclama en alta voz para que el Libertador la firme. El notario Noguera se coloca en medio de un círculo que forman los fieles amigos que acompañan al héroe en su trisísimo Calvario. Allí estaban además del Obispo Esté-

vez, los Generales Montilla, Carreño, Silva; los Coroneles Wilson, Paredes y Mier; el Auditor de Guerra, Pérez de Recuero; el Comandante Glen; el Edecán Ibarra, el Capitán Meléndez, el Teniente Molina y el Juez Político Ujueta. El escribano comienza la lectura, pero cuando llega a la mitad del formidable documento la emoción pone un nudo en su garganta. No puede continuar. El Auditor Recuero toma el papel de sus manos, prosigue su lectura y resuenan en la estancia aquellas lúgubres palabras finales.....“Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.” Entonces se deja oír la voz ronca del moribundo que exclama con un eco de ultratumba: “Sí, al sepulcro.... es lo que me han proporcionado mis conciudadanos, pero los perdono. Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos.”

Révérénd mira en torno suyo y al percibir lágrimas en los ojos de los rudos guerreros se aparta oprimido del círculo para ir a ocultar las suyas.

Del 11 en adelante los síntomas siguen agravándose. El delirio, el sopor, la coma, son continuos. La vida se escapa día tras día. El rostro cada vez más demacrado es francamente hipocrático el 17 por la mañana. Al medio día el pulso es casi insensible, las facciones recobran la serenidad y comienza el estertor. El médico se dirige entonces a los Generales, edecanes y demás acompañantes del moribundo. Si queréis presenciar los últimos momentos y postrer aliento del Libertador, ya es tiempo.”

Los compañeros de armas, los amigos rodean el lecho mortuario. Tras una agonía prolongada pero tranquila, a la una de la tarde del 17 de Diciembre de 1830, el héroe inmortal de la América entregó sus despojos a la tierra, su alma al Creador y su gloria al veredicto de la Posteridad.



S E Ñ O R A . . .

Visite la Casa del Calzado
fino de mujer.

NOVEDADES ANTONIO CALLE "I"

ANTIGUA CASA KAISER

(El Almacén con Aire Acondicionado)

Otros Productos
Nuevos

"LIPTON"

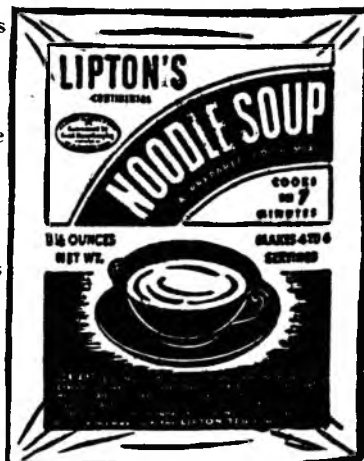
Sopa de Tomate
y Vegetales.

"Salsa para
Spaguetti".

De venta en los
Almacenes de
Viveres.

DURAN

TEL. 426



RADIO MIRAMAR

- Buenos programas
- Música selecta



SINTONICELA

630 kilociclos
750 kilociclos

Onda Corta
Onda Larga

L E A

''Mundo Gráfico''

TODOS LOS SABADOS

Catorce años al servicio de la
comunidad forman su mejor crédito.

MUNDO GRAFICO, S. A.

Apartado 912

•

Panamá, R. de P.

UNA GRAN SORPRESA

Para todos los clientes que se suscriban a nuestro gran CLUB DE MERCADERIAS, además de entregarles lo que escojan al momento de inscribirse, les obsequiamos otro número que les permite —enteramente gratis— ganarse —por valor de B/ 600.00.—

UN JUEGO COMPLETO DE RECAMARA
—UNA GRAN OPORTUNIDAD A
SU ALCANCE, APROVECHELA—

CASA SPORT, S. A.

Mueblería • Ferretería • Artículos de Casa
Ave. Central Nº 20 • (Antigua Ferretería Duque)

SUSCRIBASE
a la ,
Biblioteca

SELECTA

PRECIO B/1.50
AL AÑO

envíe su vale postal

MUEBLERIA
TUÑON

Ave. Central y Calle 13
(Edificio San Roque)
Muebles Cómodos y
elegantes a precios
especiales.

COMPRE SUS
MUEBLES
CON TIEMPO

Aproveche nuestros
precios especiales.

FARMACIA SELECTA

Magnífico surtido de medicinas de patente

PERFUMES
COSMETICOS
PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "T" No. 4

GUAYABERAS

Agetro
EL BUEN VECINO S.A.

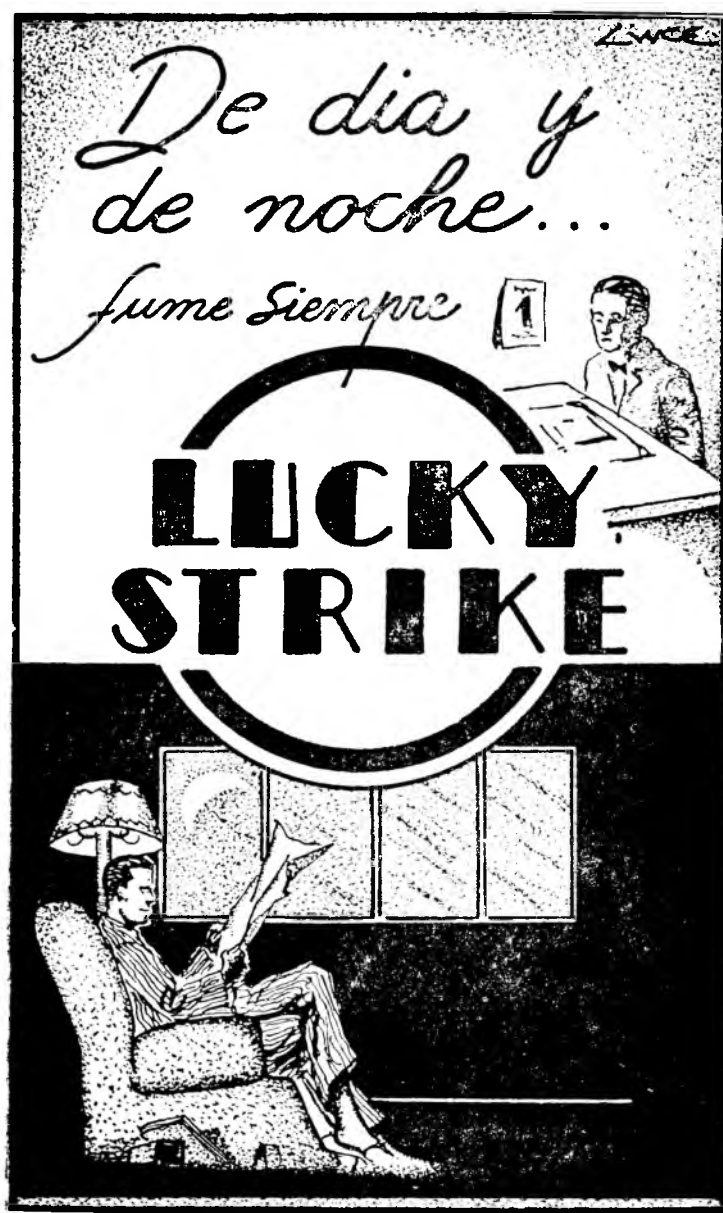
LAS MEJORES

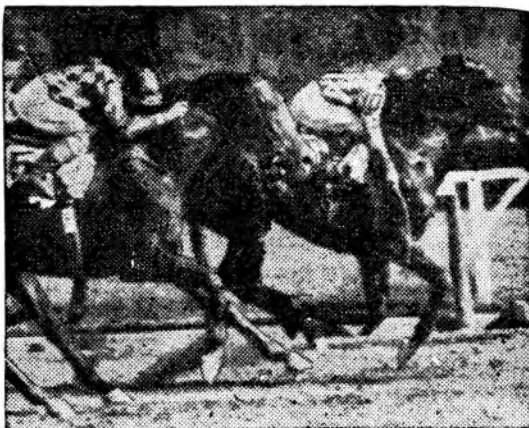
DAN ELEGANCIA

SON PANAMEÑAS

LECHE MARCA
''AMEGLIO''
HELADOS
''SUAVEL''
Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.
Calle Juan B. Sosa No. 5
. Tel. 2066
PANAMA, R. P.

Angelini
Teléfonos 887—1687 Avenida Central 179
COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890





Carreras de Caballos

GANADOR • ONE TWO

QUINIELAS • DUPLITAS

Gane dinero y goce de un
Soberbio Espectáculo

todos los

SABADOS Y DOMINGOS

en el

Hipódromo de Juan Franco



La Super Cola
Canada Dry

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad
de la República se sostienen con el producto de
LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS
LAS SEMANAS BILLETES DEL SORTEO
ORDINARIO Y DE LOS "3 GOLPES".

No Compre Chance Clandestino

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados
comprando únicamente billetes de la LOTERIA
NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS
EXTRAORDINARIOS SON UN EXITO.

BIBLIOTECA SELECTA

CUADERNOS PUBLICADOS EN EL AÑO 1946

- 1—VOCACION FILOSOFICA DEL Dr. JUSTO AROSEMENA, por J. D. Moscote.
- 2—PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO, por Octavio Méndez Pereira.
- 3—INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO, por Enrique Ruiz Vernacci, y cuentos de Salomón Ponce Aguilera, Darío Herrera y Ricardo Miró.
- 4—"TODO UN CONFLICTO DE SANGRE". "A la Orilla de las Estatuas maduras", dos cuentos de Rogelio Sinán.
- 5—SIETE CUENTOS MEXICANOS, Selección y Nota Preliminar por Manuel Maples Arce.
- 6—EL CIEGO DEL BULABA Novela corta inédita por Alfredo Cantón.
- 7—LA CERCA DE PIÑUELAS, Novela corta inédita por Julio B. Sosa.
- 8—PANAMA ES UNA TACITA DE ORO, novela corta inédita por Fito Aguilera.
- 9—TRES CUENTOS, por José María Sánchez B.
- 10—LEYENDA E HISTORIA, por Ernesto J. Castillero R.
- 11—VIERNES SANTO BAUTISTA Y OTROS • CUENTOS, por Juan O. Díaz Lewis.
- 12—CUENTOS DE NAVIDAD, por José A. Cajar Escala.